

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

IV.

El hermano Borromeo.

Cuando Chicot, sosteniendo al reverendo prior, llegó por la escalera principal al patio del priorato, se presentó á su vista un espectáculo exactamente igual al de un gran cuartel en toda su actividad.

Los frailes, divididos en dos compañías de á cien hombres cada una, aguardaban, descansando sobre las alabardas, las picas ó los mosquetes, la presencia de su comandante.

Como unos cincuenta de los más fuertes y celosos, tenían cubiertas sus cabezas con cascos y celadas, y de un cinturón ceñido á sus riñones perdía una

larga espada, de modo que no les faltaba más que rodela para parecerse á los antiguos Medos, ó los párpados de los ojos arremangados para parecerse á los modernos Chinos.

Otros ostentaban con orgullo corazas combadas, sobre las que se complacían en golpear con sus manoplas.

Otros, en fin, cubiertos de brazaletes y grebas, se ejercitaban en dar movimiento á las juntas de sus brazos y piernas, privados de elasticidad por aquellas armaduras parciales.

El hermano Borromeo tomó un casco de manos de un novicio, y se lo acomodó con un movimiento tan pronto y tan regular como hubiera podido hacerlo un *reitre* (1) ó un *lansquenet* (2).

Mientras que ataba sus carrilleras, Chicot no separaba la vista del casco, sonriéndose al mismo tiempo, y dando vueltas alrededor de Borromeo para admirarlo en todas sus faces.

Hizo aun más; se acercó al tesorero, y pasó la mano por una de las desigualdades del yelmo.

(1) Antiguos soldados de caballería alemana.

(2) Criados que acompañaban á los reitres y que después formaron unas milicias mercenarias.

— Tenéis un magnífico almete, hermano Borromeo, — dijo, — ¿en dónde lo habéis comprado, querido prior?

Gorenflot no pudo responderle, porque en aquel momento le estaban poniendo una coraza resplandeciente, que, aunque bastante espaciosa para hospedar al Hércules de Farnesio, oprimía dolorosamente las carnosas ondulaciones del digno prior.

— ¡No apretéis tanto, con mil diablos! — exclamaba Gorenflot; — no apretéis tanto, porque me vais á ahogar. ¡Basta, basta!

— Creo que preguntabais al reverendo prior en dónde había comprado mi yelmo, — dijo Borromeo á Chicot.

— En efecto, se lo preguntaba al reverendo prior, y no á vos, — respondió Chicot, porque presumo que en este convento, como en los demás, no se hace nada sino por orden del superior.

— Tenéis razón, — dijo Gorenflot, — nada se hace aquí sin mi orden. — ¿Qué es lo que preguntabais, querido señor Briquet?

— Preguntaba al hermano Borromeo si sabía de dónde le venía este casco.

— Hacía parte de una porción de armaduras

que el reverendo prior ha comprado ayer para uso del convento.

— ¡Yo! — exclamó Gorenflot.

— Vuestra señoría recordará que ha mandado traer aquí muchos cascos y corazas; y se han ejecutado sus órdenes.

— Es verdad, es verdad, — dijo Gorenflot.

— ¡Cuerpo de Crispo! — dijo para sí Chicot. — ¡Conque mi casco tiene tanto apego á su dueño, que después de haberlo dejado yo mismo en el palacio de Guisa, viene como un perro perdido á buscarme al priorato de los Dominicos?

En aquel momento, á una señal del hermano Borromeo, se alinearon los frailes y guardaron silencio.

Chicot se sentó en un banco para presenciar con comodidad las maniobras.

Gorenflot se mantuvo á plomo sobre sus piernas como sobre dos poste.

— ¡Atención! — dijo en voz baja el hermano Borromeo.

Don Modesto desenvainó un sable gigantesco, y blandiéndolo en el aire, gritó con estentórea voz:

— ¡Atención!

— Puede que vuestra reverencia se fatigue si manda el ejercicio, — dijo entonces el hermano Borromeo con mucha dulzura; — esta mañana no os hallabais bueno, y si gustáis cuidar vuestra preciosa salud, yo mandaré hoy el ejercicio.

— Con mucho gusto, — dijo don Modesto; — en efecto me siento mal... me ahogo... mandad por mí.

Borromeo se inclinó; y como hombre acostumbrado á aquel género de consentimiento, fué á colocarse al frente de los frailes.

— ¡Qué servidor tan complaciente! — dijo Chicot. — Ese jaquetón es una alhaja.

— ¡Cuando yo te lo decía!... Es excelente, — dijo don Modesto.

— Estoy seguro de que todos los días te hace el mismo obsequio, dijo Chicot.

— Por supuesto, todos los días. Es sumiso como un esclavo, y no hago más que reprenderle su empeño en obsequiarme con sus atenciones. La humildad no consiste en la servidumbre, — añadió sentenciosamente Gorenflot.

— De suerte que, en resumidas cuentas, nada tienes que hacer aquí, y puedes dormir á pierna suelta, puesto que el hermano Borromeo vela por ti.

— ¿Quién lo duda?

— Hé ahí lo que yo quería saber, — dijo Chicot fijando toda su atención en Borromeo.

Era maravilloso el ver al tesorero semejante á un caballo de batalla enderezarse bajo la armadura.

Sus dilatados ojos lanzaban fuego, su brazo vigoroso imprimía á la espada movimientos tan exactos, que se le hubiera tenido por un maestro de esgrima instruyendo á un pelotón de soldados. Cada demostración de Borromeo la repetía Gorenflot añadiendo:

— Tiene razón el hermano Borromeo; y eso mismo es lo que yo os he enseñado: acordaos de mi lección de ayer: vamos, pasad el arma de una mano á otra, sostened bien esas lanzas, el hierro á la altura de la vista. ¡ Marcialidad, por san Jorge! ¡ Firmeza! Media vuelta á la izquierda es exactamente lo mismo que media vuelta á la derecha, pero quiere decir todo lo contrario.

— ¡ Por vida de Brios! — dijo Chicot, — ya veo que explicas las cosas á las mil maravillas.

— ¡ Oh! Sí, sí, — le contestó Gorenflot acariaciándose la triple barba; — entiendo bastante bien el manejo de armas, gracias á Dios.

— Y tienes en Borromeo un excelente discípulo.

— Ha llegado á comprenderme, pues es hombre muy aventajado.

Los frailes ejecutaron la carrera militar, especie de maniobra que á la sazón estaba en boga, el pase de armas, el de espada, el de lanza, y varios ejercicios de fuego.

Cuando llegó esta última prueba, dijo el prior á Chicot:

— Ahora verás á mi Santiaguillo.

— ¿ Qué es eso de tu Santiaguillo?

— Un hermoso joven que he destinado cerca de una persona, porque á un exterior tranquilo reúne una mano vigorosa y la viveza de la ardilla.

— ¿ Verdaderamente? ¿ Y dónde se encuentra ese joven de tanto mérito?

— Espera, espera que voy á mostrártelo; mírale, mírale allí; es aquel que empuña el mosquete y se prepara á disparar antes que los demás.

— ¿ Y tira bien?

— Puedo asegurarte que no se le escapa un noble á cien pasos de distancia.

— Pues, señor, es un ganapán muy á propósito para ayudar á misa, pero... calla... si digo...

— ¿ Qué?

— Me parece... no, no...

— ¿Conoces por ventura á Santiaguillo?

— No por cierto.

— Sin embargo, creías conocerle.

— Á la verdad, me parecía haberle visto en cierta iglesia un día, ó mejor dicho una noche en que yo estaba metido dentro de un confesonario. Pero me equivocaba, pues no es él.

Debemos declarar que las palabras de Chicot no estaban acordes con lo que sentía, pues era demasiado fisonomista para que olvidara un rostro que hubiese visto una sola vez.

En tanto que sin darse cuenta de ello llamaba la atención del prior y de su amigo, Santiaguillo, como le llamaba Gorenflot, cargaba en efecto un mosquete pesado y tan largo como su cuerpo; en seguida se colocó á cien pasos del blanco, y tendiendo hacia atrás la pierna derecha con precisión militar, se echó el arma á la cara y apuntó.

Salió el tiro casi al mismo tiempo, y la bala dió en el centro del blanco, habilidad que aplaudieron con entusiasmo todos los frailes.

— ¡Por vida mía que es un buen tiro! — dijo Chicot, — y hé ahí un mozo que promete.

— Muchas gracias, caballero, contestó Santiago, cuyas mejillas pálidas se pusieron encendidas de placer.

— Manejas muy bien el arma, querido, — replicó Chicot.

— Ya veis, sin embargo, que estoy aprendiendo.

Y dejando á un lado el mosquete, después de la prueba de destreza que acababa de dar, cogió una lanza y ejecutó un molinete con gran satisfacción de Chicot, quien hizo de nuevo mil elogios de su maestría.

— ¡Oh! La espada es sobre todas el arma en que más sobresale, — dijo don Modesto: — todos los inteligentes le tienen por un maestro consumado, aunque es verdad que el tuno tiene jarretes de hierro, puños de acero, y no hace más que jugar la espada desde la mañana hasta la noche.

— ¡Bien, bien! Veamos eso, — dijo Chicot.

— ¿Queréis conocer por vos mismo su destreza? preguntó Borromeo.

— Quisiera al menos tener una prueba de ella, — respondió Chicot.

— Es que aquí, — añadió el tesorero, — sólo

yo tal vez soy capaz de habérmelas con él. ¿ Sois algo fuerte en el manejo ?

— ¡ Cá ! No soy más que un pobre paisano, — respondió Chicot encogiéndose de hombros ; — es verdad que en otro tiempo sabía manejar mi tizona como cualquier otro, pero lo que es en el día me tiemblan las piernas, mi brazo vacila, y mi cabeza no conserva la seguridad necesaria.

— Con todo, se me figura que manejáis aún el arma, — dijo Borromeo.

— Un poco, — respondió Chicot lanzando á Gorenflot una mirada que le hizo pronunciar sonriendo el nombre de Nicolás David.

Pero Borromeo no percibió aquella sonrisa, ni oyó aquel nombre, y con una sonrisa llena de tranquilidad mandó que trajeran dos floretes y las caretas de esgrima.

Santiaguillo rebosando de alegría bajo su exterior frío y sombrío, levantó su hábito hasta las rodillas y aseguró sus sandalias sobre la arena, haciendo una llamada.

— No lo dudéis, — dijo Chicot como quien no era fraile ni soldado, — hace algún tiempo que no manejo el florete ; os ruego, hermano Borromeo, á

vos que todo sois músculos y tendones, que deis la lección al hermano Santiago. ¿ Lo permitís, querido prior ? — preguntó á éste Chicot.

— ¡ No sólo lo permito, sino que lo mando ! — respondió en tono declamatorio el prior, encantado siempre que podía encajar esta última palabra.

Borromeo se quitó su casco, Chicot se apresuró á alargar las manos para recibirlo, y una vez en su poder, pudo su antiguo dueño comprobar de nuevo su identidad ; luego, mientras que él hacía ese examen, el tesorero se levantaba su hábito sujetándolo á la cintura, y se preparaba al combate.

Todos los frailes, animados del espíritu de corporación, formaron un círculo alrededor del discípulo y del maestro.

Gorenflot se inclinó al oído de su amigo, y le dijo sencillamente :

— Tan divertido es esto como cantar visperas.

— ¿ Eh ?

— Eso es lo que aseguran los soldados de caballería ligera, — contestó Chicot con la misma sencillez.

Los dos combatientes se pusieron en guardia : Borromeo, flaco y nervioso, tenía la ventaja de la

estatura y la que proporcionan la serenidad y la experiencia.

En cuanto á Santiago, sus ojos parecían centellas, y un sonrosado febril animaba las mejillas de su rostro.

Poco á poco iba desapareciendo la máscara religiosa de Borromeo, que, con el florete tendido, y arrastrado por la acción belicosa de la lucha, se transformaba en guerrero; acompañaba sus embestidas con exhortaciones, consejos ó reprimendas, pero casi siempre el vigor, la rapidez y los arranques de Santiago triunfaban de su maestro, y el hermano Borromeo recibía sendos botonazos en medio del pecho.

Chicot devoraba con la vista aquel espectáculo y contaba los botonazos.

Cuando concluyó el asalto, ó más bien, cuando los tiradores hicieron una pausa: Santiago ha dado seis botonazos, — dijo Chicot; — y el hermano Borromeo nueve. Eso es muy bueno de parte del discípulo, pero no es bastante de parte del maestro.

Una llama, desapercibida por todos menos por Chicot, brilló en los ojos de Borromeo, y reveló un nuevo rasgo de su carácter.

— ¡ Bueno! — pensó Chicot; — es orgulloso.

— Señor, — replicó Borromeo con una voz que le costó mucho trabajo endulzar, — el ejercicio de las armas es muy rudo para todos, y con especialidad para unos pobres frailes como nosotros.

— No importa, — dijo Chicot resuelto á sacar de sus casillas al maestro Borromeo; — el maestro no debe sacar menos de una mitad de ventaja á su discípulo.

— ¡ Cáspita, señor Briquet! — exclamó Borromeo pálido y mordiéndose los labios: — muy absoluto me parecéis.

— ¡ Bueno! ¡ es colérico! — pensó Chicot; — dos pecados mortales; dicen que basta uno para perder á un hombre: tengo ventaja.

Luego en voz alta:

— Y si Santiago tuviese más serenidad, — continuó, — estoy seguro de que haría el juego tablas.

— No lo creo así, — dijo Borromeo.

— Pues yo lo creo, y estoy seguro de ello.

— El señor Briquet, que sabe tirar, — dijo Borromeo con un tono amargo, — podría muy bien probar por sí mismo la fuerza de Santiago; entonces estaría en el caso de apreciarla mejor.

— ¡Yo? Soy ya viejo, — respondió Chicot.

— Sí, pero diestro, — dijo Borromeo.

— ¡Ah! ¡Conque te burlas! — dijo para sí Briquet. — ¡Aguarda, aguarda! Pero, — continuó en voz alta, — hay una cosa que quita mucho valor á mi observación.

— ¿Cuál es?

— Que estoy seguro de que el hermano Borromeo, como digno maestro, ha dejado por complacencia que Santiago le diese botonazos.

— ¡Oh! oh! — exclamó Santiago á su vez frunciendo el entrecejo.

— Aseguro que no, — respondió Borromeo reprimiéndose, aunque interiormente exasperado; — cierto que quiero mucho á Santiago, pero no le echo á perder con esas complacencias.

— Es extraño, — dijo Chicot como hablando consigo mismo; — lo había creído así, perdonad.

— Pero, con mil santos, vos que tanto habláis, señor Briquet, haced la prueba, — dijo Borromeo.

— ¡Oh! No, me intimidáis, — respondió Chicot.

— No tengáis cuidado, — dijo Borromeo; — que ya se os tendrá indulgencia; pues son conocidas las leyes de la Iglesia.

— ¡Pagano! — murmuró Chicot.

— Vamos, señor Briquet, un asalto nada más.

— Prueba, prueba, — dijo Gorenflot.

— No os haré daño, — dijo Santiago tomando á su vez el partido de su maestro, y deseando dar también su canilada; — tengo la mano muy suave.

— ¡Pobre criatura! — murmuró Chicot dirigiendo al joven fraile una inexplicable mirada que terminó en una sonrisa.

— Vamos, — añadió, — supuesto que todos lo desean...

— ¡Bravo! ¡bravo! — gritaron los interesados con el apetito del triunfo.

— Sólo que os prevengo, — dijo Chicot, — que no acepto más que tres embestidas.

— Como gustéis, señor, — respondió Santiago.

Y levantándose lentamente del banco en que estaba sentado, Chicot apretó su ropilla, se metió su guante de esgrima, y se sujetó la careta con la agilidad de una tortuga que atrapa moscas.

— Si no le das una buena soba, — dijo Borromeo al oído de Santiago, te prevengo que no vuelvo á tirar contigo.

Santiago hizo un movimiento de cabeza acompañado de una sonrisa que quería decir :

— Perded cuidado, maestro.

Chicot, siempre con la misma lentitud y circunspección, se puso en guardia, tendiendo sus largos brazos y zancas, que, por un milagro de precisión, dispuso de manera que no se percibiese su enorme resorte y su incalculable desarrollo.

V.

La Lección.

La esgrima, en aquella época de que no sólo tratamos de referir los acontecimientos, sino de pintar también sus costumbres, no era lo que es hoy. Las espadas eran de dos filos, y se hería con ellas casi tantas veces de corte como de punta. Además, armada la mano izquierda de una daga, era á la vez defensiva y ofensiva, resultando de ahí una multitud de heridas ó de arañazos, que en un combate real eran un poderoso motivo de excitación. Quelus, á pesar de que perdía su sangre por diez y ocho